

IMPOSICIÓN DE LA CONDECORACIÓN “ORDEN NACIONAL AL MÉRITO” AL HERMANO SANDALIO MARÍA F.D.P. Bogotá, 6 de septiembre de 2001

¿Quién es el ciudadano Ray Schambach Garcés, biólogo, teólogo y casi médico, nacido en Nueva York, de padre norteamericano y madre caleña?

¿Quién es el Hermano “Rey” al que tantos ancianos, tantos niños, tantos enfermos, guardan en el alma como la imagen misma del amor?

¿Quién es Sandalio María, sacerdote de Cristo? ¿Quién es aquel que recibió la ordenación hace poco más de tres meses en la Catedral Primada de Bogotá, ante la alegría manifiesta de cientos de amigos que lo quieren con amor verdadero?

Ray Schambach, el Hermano “Rey” y el Padre Sandalio María son uno solo: un solo hombre, un solo y frágil ser humano, un humilde servidor de Dios, cuya vida y obra sobrecogen el alma como sobrecogen todas las proezas del espíritu.

Es imposible, Hermano, para cualquiera que lo conozca o que haya tenido, -como hemos tenido Nohra y yo-, el privilegio de

estar cerca de su trabajo por los más necesitados, por los más pobres y por los más indefensos, no recordar la historia de otro hombre y de otro grupo de visionarios que hace 8 siglos en una pequeña aldea de Italia dieron nueva vida al mensaje de Cristo con su ejemplo de humildad y de coraje.

Yo sé que él, San Francisco de Asís, el pequeño y dulce Francisco, que era amigo de las aves y de los leprosos, ha sido también su inspiración y su guía, así como de todos quienes hoy conforman la Fraternidad de la Divina Providencia.

Imagino que cuando usted tomó la decisión de entregarse a Dios a través del servicio a los demás tal vez tuvo en mente las mismas palabras que Fray Bernardo encontró de la mano de Francisco cuando aquel estaba decidiendo su vocación.

Dicen que San Francisco, estando con Bernardo, tomó la Biblia del Obispo de Asís y, haciendo la señal de la cruz, la abrió tres veces en nombre de Cristo. La primera, leyó aquellas frases que Jesús le dijo al joven que preguntaba sobre el camino de la perfección: *“Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme”*. La

segunda, apareció lo que dijo Cristo a los apóstoles cuando los envió a predicar: *“No lleven nada para el camino, ni báculo, ni alforja, ni calzado, ni dinero”*. A la tercera, encontraron aquel consejo de Jesús: *“El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”*.

Yo sé, Hermano Sandalio María, que esas fueron las mismas palabras que retumbaron hondo en su corazón y que lo llevaron a transformar su vida y, de paso, la vida de miles de personas a su alrededor.

También sé que usted, como seguidor del mensaje evangélico, no busca homenajes ni tributos ni quiere tener protagonismos con su obra, porque -como dijo Jesús- *“la mano izquierda no debe saber lo que hace la mano derecha”*.

Pero si hoy estamos aquí, exaltando su ejemplo de vida y de servicio a la comunidad, es porque creemos en los valores que representa, porque apreciamos su obra como la obra de un ser humano valiente y porque queremos, también, rendir homenaje en usted a esos cientos de personas que se han vinculado a esa tarea de amor, ya sea como hermanos o hermanas de la Fraternidad de la Divina Providencia o como

voluntarios. Usted lo ha dicho, Ray: el Hogar San Francisco y todos los hogares que ha creado a partir de él son, sobre todo, “una obra de laicos comprometidos”.

Además, Hermano, ¡qué hermosa historia de vida nos ha regalado! Su camino, desde cuando era ese joven inquieto, enamorado y feliz que aprendía de sus maestros jesuitas, desde cuando pasaba temporadas de reflexión en el Monasterio de Santa María de Usme, ha sido un camino de evolución que hemos seguido de cerca.

Esos pocos niños que hace más de un cuarto de siglo adoptó y llevó a vivir a una casa de Usaquéen fueron el inicio de una cruzada por los más débiles que actualmente beneficia como pacientes permanentes a más de 2.200 niños, jóvenes, ancianos y enfermos en Colombia, en Perú, en Bolivia, en Guatemala y en las Islas Canarias. Ese primer Hogar San Francisco fue el germen de más de 40 hogares regados por el mundo. De esos 6 hombres y esa mujer que iniciaron el trabajo de la Fraternidad de la Divina Providencia se ha pasado hoy a 117 hermanas y hermanos comprometidos con la sagrada virtud de la caridad. ¡No cabe duda, Hermano “Rey”, que usted ha sabido replicar, con amor y humildad, el

milagro de la multiplicación de los panes, y que lo sigue haciendo cada día!

No lo exaltamos como un hombre perfecto, porque la perfección es atributo de Dios, y usted confiesa, como todos, muchas debilidades, comenzando por el cigarrillo, el tinto y una que otra cerveza en las celebraciones. Pero sí vemos en usted, Hermano, el espejo de lo que nuestra alma quiere ser y hacer en Cristo y por Cristo.

Han sido muchos años, Sandalio María, muchas anécdotas y muchos recuerdos, como aquella vez en que organizó una fiesta de ancianitos, todos ataviados con las ruanas rojas y los sombreritos azules que una aerolínea les había regalado, hasta cuando una de las viejitas se desmayó y usted tuvo que reanimarla diciéndole: “No se me vaya a morir, porque no se puede tirar la fiesta”. Y en efecto, la fiesta pudo seguir con la viejita recuperada.

También recuerdo con mucho cariño cuando, en los tiempos en que yo ocupaba la Alcaldía Mayor de Bogotá, usted le hizo eco a un programa que lanzó Nohra para brindar almuerzos a los indigentes de la capital, y fundó la casa “María es mi

Madre”. ¡Qué alegría saber que esta casa aún funciona, más de 10 años después; que está proporcionando 150 almuerzos diarios, y que en unos dos meses van a inaugurar otra casa similar!

Son tantas personas, tantas almas solitarias que han encontrado su afecto y el afecto de los hermanos y voluntarios. Tantos que han volado al cielo sintiendo antes el calor de una mano amiga y llevando en la mirada la imagen tranquila de una sonrisa de despedida. Como Laurita y Adela Granados, dos ancianas adorables; como tantos que hoy, desde el Paraíso, le dan fuerza y valor cada jornada para que la fe se fortalezca en la bondad de la Divina Providencia.

Pienso, por ejemplo, en esa buena amiga suya que fue la Madre Teresa de Calcuta, que se quedó en su casa y recorrió Colombia de su mano, quien hoy debe sonreír al contemplar esta reunión, rodeada de sus queridos pobres. La misma Madre Teresa que nos enseñó que “una sociedad que no privilegia a los débiles está condenada al caos”.

Pienso también, Hermano, en don Roland Schambach, su apreciado padre, quien hace 40 días descansó en la paz del

Señor. Él, que tuvo oportunidad de ayudarlo y de sentir la felicidad por su obra, debe estar ahora rompiendo botones del orgullo, el sano orgullo de cualquier padre por un hijo bueno.

A todos ellos; a su madre, nuestra querida Pepita, que hoy nos acompaña, y que lo apoya y estimula, como pocos, en su apostolado; a su hermana Gabriela y sus demás hermanos y familiares; a sus amigas y amigos, solidarios con su causa, hoy les hago extensivo este homenaje de Colombia que hoy se concreta en la medalla “Orden al Mérito Civil”.

Yo sé, Hermano Sandalio María, que el único premio que debemos buscar es el del amor de Dios, y ese premio lo tenemos ganado desde siempre, gracias a Su eterna misericordia. Lo que hoy le entregamos es algo que no ha buscado, pero que merece más que nadie: el homenaje de su patria, de su Colombia, de su gente, que hoy tengo el honor de rendir a un hombre íntegro, cuyo ejemplo de amor a los demás debe ser ejemplo y luz para todos sus compatriotas.

Querido Ray Schambach Garcés; querido Hermano “Rey”;
querido Hermano y Padre Sandalio María:

Como el suave Francisco, sólo pedimos que Dios siga haciendo de usted, y de todos nosotros, un instrumento de su paz.

Muchas gracias.